

CINCUENTENARIO DEL FALLECIMIENTO DEL DR. LUQUE MORATA

EL DOCTOR EMILIO LUQUE

En el Boletín n. 53 de nuestra Academia, correspondiente al segundo trimestre de 1945, y precisamente en su «Galería de Académicos» está la fotografía de D. Emilio Luque Morata y, al pie, diversos conceptos: «Doctor en Medicina y Cirujía. Decano de la Beneficencia Provincial. Fundador de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba. Académico de Número de nuestra Real Academia en 5 de marzo de 1925. Nació en Córdoba en 2 de marzo de 1876. Murió en Córdoba en 15 de febrero de 1939».

Al paso de esa página, nos encontramos con un artículo amplio y documentado, suscrito por el doctor Enrique Luque Ruiz, posteriormente glorioso miembro de esta Corporación y, seguidamente, una breve biografía de D. Emilio, firmada por D. José María Rey Díaz, ilustre Académico y ya, por entonces, con veinte años de distinción como Cronista de la Ciudad de Córdoba.

D. Enrique titula su tema «Al margen de una Biografía», mientras que D. José María denomina al suyo, simplemente, con «D. Emilio».

Del comentario clásico nos conviene saber que los dioses y los héroes nunca tienen apellidos. Moderadamente es absolutamente necesario decirlos detrás de nuestro nombre para que alguien pueda tener la oportunidad de saber quienes somos. Y en Córdoba, más. Me decía hace muchísimos años un ilustre malagueño. Andalucía se comparte entre dos «Angelitas». Si en Málaga se dice, por ejemplo: «Ayer saludé a Angelita», la gente sabe que nos estamos refiriendo a Angelita Rubio Argüellas, Condesa de Berlanga de Duero. Si decimos «Angelita», en Córdoba, hasta los niños entienden que estamos hablando de Angelita Romero de Torres.

En todo caso, si en los cuarente primeros años del siglo, en Córdoba se preguntaba por «D. Emilio» no hace falta decir que todos los cordobeses sabían, sin la menor duda, que se estaba tratando de D. Emilio Luque Morata.

Conservo una impresión del 15 de febrero de 1964, cuando se cumplían los veinticinco años de su muerte. Aquella noche de febrero, que estaba templada y lluviosa, la sedosa caricia del agua iba resbalando sobre el bronce del busto recién instalado en la plaza. En aquella noche el pueblo de Córdoba ponía culminación a su inquebrantable propósito conjunto de erigir, por su propia cuenta, y por suscripción popular, un monumento a aquel que fuera considerado por los cordobeses su médico ejemplar. Su «D. Emilio».

El Dr. Luque ponía siempre en juego su innegable caridad: virtud de la que, como he dicho, había sido impregnado por el ambiente donde fuera su nacimiento y crianza.

El padre de D. Emilio -D. Pablo Luque Jurado- brillante profesional, empresario de negocios relacionados con la platería, llegó a ser concejal del Excmo. Ayuntamiento e intervenía, frecuentemente, como portavoz de la oposición política liberal. Por eso, un día en que se celebrara una sesión memorable, llegó alborozado a su casa:

— ¡María: lo hemos conseguido!

Lo que D. Pablo Luque había conseguido era que se adoptara un acuerdo municipal por el cual se dotara de ataúd propio a aquellos desgraciados que, tras su fallecimiento, por carecer sus familiares de recursos, tuvieron que ser enterrados en la fosa común. Resultaba que, hasta aquel momento que celebrara el padre de D. Emilio con tanto júbilo, los que eran enterrados de caridad iban directamente a la sepultura, sin el intermedio, por lo menos, de una modesta caja de madera de pino: que ya se puso siempre, a partir de entonces.

En este ambiente de caridad y de ayuda al necesitado, vivió siempre el doctor D. Emilio Luque. Por eso, siempre realizó la medicina como un sacerdocio.

D. Enrique, en su artículo académico del Boletín, así lo subraya, y se lo complementa D. José María Rey Díaz, con el dedicado a «D. Emilio». Juntos los dos artículos, corroboran su abnegación ante los demás y, por otra parte, constituyen una inmejorable biografía del gran médico.

Mas también D. Enrique Luque Ruiz nos revela otra gran faceta: la de aficionado a la poesía y recitador íntimo de los versos que le impresionaban. Por eso, termino estas notas con los que él termina su tema. Eran versos que D. Emilio recitaba diariamente, como una oración, y que daban norma y guía de la razón de su vivir:

«Hemos de ser justos, hemos de ser buenos,
hemos de embriagarnos de paz y de amor
y llevar el alma siempre a flor de labio
y desnudo y limpio nuestro corazón.

Hemos de olvidarnos de todos lo odios,
de toda mentira, de toda ruindad;
hemos de abrasarnos en el santo fuego
de un amor inmenso, dulce y fraternal...
Hemos de estar siempre gozosos, tal dijo
Pablo, el elegido, con divina voz,
y a través de todos los claros caminos
caminar llevando puesta el alma en Dios».

Miguel SALCEDO HIERRO